

VIGENCIA DE UTOPIAS EN AMERICA LATINA*

Orlando Fals Borda**

“¡Ay! Utopía, cómo te quiero
porque les alborotas el gallinero.
¡Ay! Utopía, que alumbras los candiles
del nuevo día. No pases pena
que antes que lleguen los perros,
será un buen hombre el que la encuentre
y la cuide hasta que lleguen mejores
días. Sin utopía la vida sería
un ensayo para la muerte”.

De Utopía, canción
de Joan Manuel Serrat, 1992.

Mi formación como sociólogo positivista durante los años 50 me impidió entender a las utopías como algo digno de consideración académica. Había una versión predominante de verlas como aventuras imaginativas al estilo de los Viajes de Gulliver, como desligadas de la realidad: literatura barata aunque interesante, decían mis maestros, de la que poco se puede deducir para el ordenamiento de la sociedad.

DEFENSA DE LAS UTOPIAS

La experiencia extrauniversitaria, con la marcha del tiempo y el testimonio de los anhelos revolucionarios de la década siguiente (los tórridos años 60) me fueron enseñando otra visión y otra explicación justificativa de las utopías. Tuve que empezar a respetarlas y adscribirles cierta vinculación con la práctica concreta, en espe-

cial con las posibilidades de construir un socialismo equivalente a democracia auténtica en nuestro continente latinoamericano.

Ello empezó cuando me independicé de la visión de las ciencias como entes libres de valores. Si las disciplinas sociales, en efecto, no eran neutrales, entonces las explicaciones ofrecidas por ellas no podían ser sino relativas, enraizadas en la cultura y en la temporalidad: debían ser explicaciones construidas por los científicos sociales con el inevitable reflejo de sus propios valores, preferencias, fobias y actitudes ante la vida y sus problemas. Con esto no se demeritaba, a mis ojos, el valor de las disciplinas sociales, sino que se hacían más problemáticas y por ende más retadoras y, quizás, más útiles para la misma sociedad. En fin, veía que ellas no podían desligarse de enfoques praxiológicos que desbordaban la entronización de la teoría, y que abrían el campo a la consideración del viejo problema de las relaciones entre los medios y los fines en la conducta humana.

Así llevado, tal razonamiento tuvo que reconocer que no habría teoría social sin algún elemento valorativo, y que, a través de este elemento, se introduciría inevitablemente alguna concepción utópica. Con este enfoque herético, pero posible, algunas enseñanzas clásicas perdieron, para mí, el falso ropaje ob-

* Ponencia presentada en el VI Encuentro de Ciencias Sociales, Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México, noviembre 28 de 1992.

** Sociólogo, secretario general de la Comisión de Ordenamiento Territorial.

jetivo e inevitable con el que se enseñaban. Así, por ejemplo, había que volver a leer a Comte, el fundador del positivismo, para descubrir que el padre de la sociología había en verdad desarrollado su sistema con miras a la reconstrucción de la sociedad de su tiempo y que, además, lo había propuesto como una nueva religión, la cientifista. Sus diferencias con utópicos aterrizados como Roberto Owen y Carlos Fourier pasaban a ser simples modulaciones, ya que estos pensadores prácticos, como algunos otros, entre ellos Marx, estaban reaccionando ante los primeros efectos catastróficos de la Revolución Industrial y proponiendo alternativas basadas en el progreso y en la razón. En fin, repensando los esquemas académicos aprendidos, a los funcionalistas podía verseles entonces como interesados en promover un estado atemporal de equilibrio y armonía; y a los marxistas como impulsando un modelo revolucionario que llevara a una era de total emancipación humana. Esto es, a todos esos escritores podía entenderseles en una u otra forma como utópicos, como intentando presentar, directa o indirectamente, visiones de una cultura diferente con una vida mejor. No va en contra de ellos: ésta es una tarea ciertamente justificable.

Al seguir considerando este tema desde el ángulo teleológico, hallé relativamente fácil hacer la recolocación de la utopía y relacionarla con la construcción de un socialismo democrático posible. En primer lugar, resultó evidente que los escritores utópicos no hacían uso exclusivo de su imaginación sino que se basaban en hechos observables. Las utopías tenían raíces y entronques con culturas conocidas, y se concibieron mediante novedosas combinaciones de patrones existentes, como si los autores hubieran querido desafiar, en esas formas, a las sociedades en las cuales vivían, así como también retar al *statu quo*.

En segundo lugar, la ética humanista de las utopías quedó comprensible como consecuencia de la dinámica sociocultural, al advertir que el camino del cambio que tomaran las comunidades podía llevar conyunturalmente tanto a la meta ideal como a la antiutopía. Ello

dependía de cómo se vincularan los conceptos a la práctica y, ante todo, de tener claridad sobre la tesis de que una teoría sin implicaciones reconocidas en la acción podía convertirse en inútil o inmoral. De allí el inesperado acuerdo a que en este punto llegaron Saint-Simon, Marx y Proudhon, éste como representante de los anarquistas. No menos simbólico resultó la Undécima Tesis sobre Feuerbach acerca de la necesidad de transformar el mundo con la praxis.

No nos detengamos en los patéticos fracasos de los socialistas utópicos y los Cartistas del siglo XIX. Está claro que, aunque actuaron, no tuvieron en cuenta las realidades de clase y poder de la gran sociedad y cayeron ellos mismos en prácticas elitistas; que no comprendieron los mecanismos de la integración comunitaria y el compromiso individual con causas superiores; y que hubo ciertas confusiones con el milenarismo.

Ahora lo importante es saber si de aquella valiente y visionaria tradición de búsqueda de utopías socialistas, anarquistas y liberales queda algo válido para nosotros en nuestros días. Veamos si hay vigencia de ellas en América Latina, y si vale la pena retomar una razón utópica postcapitalista, o postmoderna, para infundir nueva vida en viejos ideales cooperativos y humanistas, que hoy se ven azotados o moribundos por la crisis de los países de la Europa Oriental y de la antigua Unión Soviética que se habían denominado socialistas. Llamemos "socialismo con democracia" o "auténtico" a esta renovable opción, aunque no nos casemos todavía con ningún bautismo.

LAS REVOLUCIONES DE 1989

Mi respuesta positiva ya la di al comienzo, y sus bases se remontan a los hechos de los años 60 y a algunas de sus consecuencias. Pero vamos por partes. Acabo de mencionar la crisis de la Europa Oriental, y debo confesar enseguida que ella me produjo desconcierto, como a tantos otros que veníamos alimentándonos de la utopía socialista clásica. Pasado ese mal primer momento y el maniqueísmo publicita-

rio con que fuimos tratados, podemos ver ahora con mayor serenidad el conjunto de los fenómenos y parar las exculpaciones a que fuimos sometidos. Las Revoluciones de 1989, la Cubana, los diversos movimientos populares que hemos observado o en los que hemos participado, no son material desechable. Ofrecen materia de aprendizaje y práctica útil para seguir adelante, material que podemos analizar como un todo, en especial para advertir sus posibilidades inmanentes.

Porque de esa visión panorámica y combinada podemos deducir respuestas propias a aquella preocupación estratégica sobre una posible recuperación del socialismo con democracia, aquel al que siempre aspiramos con todas sus consecuencias liberadoras y justas en la vida cotidiana, aquel por el que a veces asumimos actitudes de rechazo por los abusos y traiciones que observábamos. Esta tarea reivindicativa es urgente impulsarla si queremos que la nueva utopía pueda, sin tapujos, reasumir el histórico papel de rectificador y crítico antagónico del capitalismo que ha tenido el socialismo. A este papel antiguo se estaría añadiendo otro: el de impulsor de procesos contraculturales estratégicos, tales como los derivados del reconocimiento del Otro (alteridad), el holismo, el pluralismo y la solidaridad.

En primer lugar, apaguemos los acaloramientos sobre los eventos de 1989. Fukuyama, Solzhenitsyn y los otros escritores que gritaron el fin de la historia, el fin de las ideologías y el fin de las utopías, no podían tener razón. Sus apresuradas conclusiones iban contra el curso mismo de la humanidad, así pretendieran escudarse en la **Fenomenología** de Hegel. Porque no podía existir vacío en las ideas sólo porque el capitalismo hubiera quedado temporalmente sin contendor. Fueron las posibilidades históricas conocidas las que quedaron exhaustas. El vacío ideológico sólo ha invitado a replantear alternativas, esto es, a propiciar el surgimiento dialéctico de nuevos consensos políticos. Y esto es inevitable.

Las Revoluciones de 1989 tienen dos peculiaridades de las que debemos tomar nota: no son

futuristas y fueron pacíficas. Miraron al pasado para retomar rumbos perdidos, superar la violencia revolucionaria anterior y corregir el elitismo centralizador y tiránico. Por eso Jürgen Habermas las ha llamado "revoluciones de rectificación" o "recuperantes", ya que algunos de sus personeros como Vaclav Havel, Lech Walesa, hasta Mikhail Gorbachev apelan a pensadores de la Ilustración y buscan revivir los postulados de las revoluciones de 1917, 1848 y 1789. Son los ideales antiguos de libertad, democracia e igualdad, tan malogrados en la historia moderna, que ahora vuelven a aparecer como metas valoradas, además de la paz.

De 1917, se añora el período de gobierno popular y participante de los primeros Soviets, antes de que se bolchevizara el proceso. De 1789 se retoman los ideales democráticos y del ciudadano, pero sin la "tiranía de las ideas" que llevó luego a la frustración del Terror, a las guerras napoleónicas y a la dictadura. De 1848 se rescata la importancia de la sociedad civil y se destaca la revuelta de intelectuales, novelistas, músicos, profesores y estudiantes, tan similar a la de 1989 (y la de 1968...); también se recuerdan las cuestiones divisorias del nacionalismo que plagaron a la Casa de Habsburgo, revividas hasta con mayor acerbidad en 1989, así como la contradicción entre la justicia política y la justicia social que dio origen a confrontaciones de clases que hoy podrían de nuevo aparecer.

¿Se trata entonces en la Europa Oriental de nuevas revoluciones burguesas o liberales? No lo parece, porque las de 1789 y 1848 se consideran esfuerzos frustrados de liberación colectiva. Al tratar de transitar hacia una democracia pluralista con economía de mercado, tomando en cuenta lo anterior, los países de Europa del Este no hacen otra cosa que rectificar rumbos o recuperar tiempo perdido. La historia no ha terminado: ha vuelto a nacer. Por eso no es probable ni posible que aquellos países echen por la borda todo el legado socialista, y en varios de ellos, en efecto, los viejos partidos están volviendo o han vuelto al poder con otros nombres y líderes, pero castigados y expurgados del autoritarismo stalinista y animados

por ideales de paz, justicia y bienestar. Por eso mismo han entrado a un extraordinario período histórico en el que tienen la oportunidad de construir un orden social inédito de posible repercusión mundial. Ya no será más el del pasado "socialismo realmente existente" que no podrá repetirse; pero tampoco podrá ser copia del "capitalismo realmente existente".

LA HERENCIA DEL CHE Y DE CAMILO

Lo que ocurra en Europa del Este afectará nuestro continente en la medida en que sus pueblos vayan realizando esa búsqueda. Ello no debe condicionar nuestra propia tarea, para no volver a caer en las limitaciones del colonialismo intelectual y práctico de las viejas izquierdas latinoamericanas, incluidas las guerrillas todavía activas en Colombia y Perú que, aunque con algunas ideas nuevas e interesantes, todavía están mayormente aferradas a la teoría del foco de Debray y al maoísmo bélico de Hunan de los años 60. La construcción de la nueva utopía o la recuperación de la socialista auténtica podrá ser más fácil en América Latina si al conocimiento del esfuerzo externo contemporáneo, expurgado de antiguos dogmatismos y mimetismos, sumamos lo que nosotros mismos hemos producido como correctivo para enderezar el socialismo conocido y civilizar el capitalismo, incluyendo la variedad xenofóbica y racista que hoy amenaza de nuevo a Europa. Independiémonos, pues, de esas influencias coloniales y extremas, movámonos de la solución militar única e inapelable, y apelemos a nuestras más sanas posibilidades inmanentes.

Conviene, por estas razones, hacer una nueva lectura de las contribuciones de Ernesto Che Guevara sobre los movimientos sociales y el hombre nuevo, "el del siglo XXI", que tanto irritaron a los capitalistas e imperialistas en su momento; releamos las tesis de Camilo Torres sobre el pluralismo y la solidaridad; y examinemos experiencias afines posteriores. Porque son ideas útiles que pueden ser ejecutadas con mayor decisión y claridad que cuan-

do fueron expuestas, y más ahora cuando ha renacido, mal que bien, la democracia en nuestro castigado hemisferio. Aquellas ideas han hecho camino sin proponérselo, a veces imputándose a otras personalidades menos polémicas o llamándolas con otros nombres. Siguen desafiando a nuestras sociedades y regímenes, hasta los de la misma Cuba, así sostengan publicaciones influyentes, como **Cambio 16**, que del Ché Guevara no queda nada.

Ello no es así. La carta de Guevara a Carlos Quijano, editor del semanario **Marcha**, de Montevideo, escrita en 1965 ("El hombre y el socialismo en Cuba"), sigue siendo luminosa. Descontando los inevitables párrafos sectarios de la época sobre la dictadura del proletariado, el vanguardismo autoproclamado del partido y la omnipotencia del Estado central, es de este texto de donde se derivan algunos de los más claros signos de una razón utópica contemporánea hacia un socialismo renovado. Destaco solamente las ideas relativas a la necesidad de "sintonizarse" siempre con los deseos y aspiraciones de los pueblos, en especial con los jóvenes; la necesidad de rectificar la política cuando el avance se paraliza; la importancia de las movilizaciones populares como instrumentos moralizantes; las mayores posibilidades del hombre de hacerse oír y sentir en el sistema socialista auténtico, esto es, su participación individual y colectiva en los mecanismos de dirección y producción; y el estímulo a la experimentación artística y cultural. Son de actualidad los consejos del Ché a los líderes revolucionarios y guerrilleros activos para que asimilen "grandes dosis de humanidad, del sentido de justicia y verdad para no caer en extremos dogmáticos".

De Camilo Torres también podemos rescatar el propósito reconstructivo de sus "Mensajes" de 1965; la experiencia pluralista y solidaria del movimiento Frente Unido, el primero de su clase, por lo menos en Colombia, y la consistencia teórico-práctica de su sacrificio. Si no era el "hombre nuevo" del Ché, llegó por lo menos a actuar proféticamente como conciencia ética de la sociedad, animado del "amor por todos" que fue también tesis guevarista.

EL APOORTE TECNICO DE BARILOCHE

El impacto de estos dos personajes y de los hechos desencadenados por la Revolución Cubana fue tan grande en su momento, que llevó no sólo a la conocida reacción política kennediana de la "Alianza para el Progreso", sino también a la articulación entre 1971 y 1976 de otra utopía socialista, igualitaria, participativa y no-consumista. Fue realizada nada menos que por un grupo de personalidades liberales reunidas alrededor de Amílcar Herrera (Helio Jaguaribe, Carlos Mallmann, Enrique Oteiza, Jorge Sábato y Osvaldo Sunkel), en la Fundación Bariloche de Argentina. Estos notables científicos sociales quisieron responder tanto a la Revolución Cubana como al informe neomaltusiano del Club de Roma sobre los peligros del desarrollo económico desorbitado. Produjeron así un "modelo mundial para una nueva sociedad" que, a diferencia de las propuestas del Ché y Camilo, aunque convergente, se basó en estudios cuantitativos, sin desconocer la incidencia de los valores y de las ideologías. Plantearon como meta llegar "a un mundo libre de miserias y del subdesarrollo" como sociedad ideal. Para ellos, los problemas a resolver no eran físicos, como se pretendía en Europa, sino sociopolíticos, como resultado alienante y opresivo de una desigual distribución del poder y de la riqueza dentro de las naciones y entre ellas.

El modelo de Bariloche predijo que si para 1992 no se satisfacían las necesidades básicas de la población, ello habría sido prueba de que el sistema de distribución de la riqueza habría seguido desigual e injusto hasta el punto de continuar permitiendo "el consumo irresponsable de las minorías privilegiadas", lo cual sería índice de la cercanía de una catástrofe mundial.

Al llegar hoy a este hito, es obvio entender que no se cumplieron los requisitos del modelo de Bariloche para el amplio acceso a los bienes necesarios e igualdad de oportunidades con el fin de satisfacer las necesidades básicas de la población. Ello es muy preocupante, aunque

era de esperarse por la persistente miopía mundial sobre estos asuntos. Pero este estudio quedó como un valioso testimonio técnico sobre la validez de la crítica socialista al sistema capitalista depredador del ambiente y de la humanidad, que hoy vemos en toda su funesta ostentación. Nos refuerza en la vigencia actual de una razón utópica postcapitalista, y en la urgencia de volver a articular formas comunales y cooperativas de manejo y organización social, económica y política.

LA REVOLUCION CUBANA

Los treinta años de experiencia de la Revolución Cubana no pueden dejar de brindarnos igualmente enseñanzas para esta búsqueda alternativa, a pesar de sus fallas y falta de espíritu crítico en sus estamentos. Mucho de meritorio debe existir en el hecho de haberse sostenido durante algo más de una generación, a pesar del bloqueo de la potencia imperial vecina y de los errores confesos de la dirigencia. En efecto, recordemos las alabanzas suscritas en 1969 por intelectuales reconocidos como Leo Huberman y Paul Sweezy, quienes fueron los primeros en destacar la reducción de desigualdades sociales, la renovación educativa, el impulso a la salud pública y el pleno empleo y, en general, la creatividad y la disciplina personal y colectiva desatadas por la Revolución. Otros logros de este esfuerzo siguen dando dividendos, como por la cultura artística y el desarrollo de la medicina que han creado fuentes respetables de ingresos provenientes del arte, el deporte y la biotecnología, como no se observa en otros países latinoamericanos. Fue gracias a la Revolución, que formó a muchos artistas y atletas, así como a diez mil científicos en 173 centros de investigación, como este avance fue posible. ¿Cómo negar que estos éxitos culturales y tecnológicos tengan raíces en el casi único intento de implantar un sistema socialista formal en América Latina del que aún quedan importantes expresiones?

Los problemas son obvios, como bien los ha descrito el notable periodista uruguayo Ernes-

to González Bermejo en reciente artículo de la revista **Brecha** (sucesora de **Marcha**). Por ejemplo, González Bermejo destaca la necesidad de cambiar la política informativa del partido y el gobierno cubanos —que es “de una pobreza aterradora”— porque el nuevo hombre del Ché debe ser crítico y autónomo si aspira a protagonista de la historia. Habrá que ir más allá de las reformas aprobadas por el IV Congreso del Partido Comunista Cubano y apostar a la democracia pluralista y de movimientos populares autónomos, porque el socialismo al que se apela no podrá existir sin ellos, ni sin el ejercicio de canales de participación real (no formal) en organizaciones estatales y partidistas. González Bermejo se pregunta: “¿Se habrá hecho una tan formidable obra de educación con los jóvenes cubanos para condenarlos ahora a no pensar? ¿No es lógico que exijan coherencia entre el discurso socialista en que se le formó y la realidad de los hechos?”

La sobrevivencia actual de Cuba como nación y de su accidentada búsqueda alternativa forma parte de la vigencia de la utopía contemporánea, quierase o no. Por ello es indispensable que se prosigan los ajustes internos y de política exterior comenzados en 1985, dirigidos a abreviar de los altos ideales originarios de progreso, libertad, justicia y equidad, ganar de verdad el poder popular de que habla la Constitución cubana, y obtener el respaldo decidido de los países hermanos del hemisferio. Estos ideales y metas no pueden olvidarse ni perderse, sino recolocarse mediante métodos más adecuados de orientación y acción política.

PARTIDOS Y MOVIMIENTOS

Quedan por examinar otros componentes latinoamericanos que sirvan para la recuperación planteada. Ya he hecho una defensa general de las utopías, y he interpretado las Revoluciones de 1989, los legados de Guevara, Torres y la Revolución Cubana, y el insumo técnico de Bariloche. Los aportes adicionales de esta clase por fortuna son muchos y variados. Proviene principalmente de movimientos populares y sociales que se institucionalizaron y se convir-

tieron en partidos radicales durante los últimos veinte años, y de agrupaciones que han adoptado formas de acción para la democratización, la comunalidad y el respeto a la heterogeneidad y a la diversidad en las sociedades.

El más notable desarrollo de este tipo es la aparición y crecimiento del PT (Partido del Trabajo) del Brasil, fundado en 1979. En él se han cumplido dos grandes procesos sin renegar del socialismo ni descartar la democracia: uno es la acumulación de movimientos sociales y colectivos populares autónomos, desde las bases trabajadoras hacia arriba, hacia la coordinación organizativa en un gran proyecto democrático participativo; el otro proceso es la articulación ideológica del pluralismo y la solidaridad, y de la diversidad cultural y étnica.

El PT está haciendo una novedad, distinta de lo propuesto por los pensadores socialistas del siglo XIX que conceptualizaron primero y actuaron después: quiere “teorizar desde la práctica”. Se discute así la clásica tesis de si la toma del poder debe ser violenta, como un fin en sí mismo, o una táctica civil diseñada para producir cambios evolutivos profundos en todo el sistema socioeconómico. La tendencia es hacia lo segundo, pero para ello se necesita ampliar la cobertura de alianzas del PT. Están surgiendo así concepciones heterodoxas de Estado, lucha de clases, poder popular y vanguardia que enriquecen la nueva búsqueda ideológica. Da qué pensar, por el evidente éxito del PT en la política brasileña actual.

Otras experiencias notables son las derivadas de las guerrillas que tomaron el poder, como el FSLN en Nicaragua, o dejaron las armas para luchar por la paz y el desarrollo, como el PCV de Venezuela, el M-19 de Colombia y el FMLN de El Salvador. Lo más significativo de esta evolución ha sido el paso que todos dieron de transformar la organización vertical marcial en proyectos políticos abiertos y legales, aunque en algunos todavía queden los rezagos del autoritarismo o el caudillismo originales. El más antiguo PCV dio el primer ejemplo significativo, al derivar al MAS (Movimiento al Socialismo) en 1971; el M-19 se convirtió, junto

a otras tres guerrillas y varios movimientos populares, en la Alianza Democrática M-19 en 1990; el FMLN da paso a su brazo civil, todos comprometidos en la reconstrucción pacífica de sus países. La experiencia de los Sandinistas en el poder (1979-1989) fue una dura lección política de la que sobrevivieron los ensayos participativos y educativos de las bases organizadas, rica reserva con la que pueden volver a ganar el poder.

Por otra parte, el extraordinario esfuerzo anticientelista del Partido de la Revolución Democrática (PRD) de México, de Causa-R de Venezuela, y de Bolivia Libre es otro síntoma de la persistente búsqueda latinoamericana de alternativas. Oficialmente no son organizaciones socialistas; pero, en este campo, las luchas por la civilidad, las reivindicaciones populares, la autonomía regional, la economía mixta y planificada, la defensa ambiental y, sobre todo, las valientes acciones contra la corrupción administrativa, son hechos que acercan. Todo ello le depara al PRD, a Causa-R y a Bolivia Libre un brillante futuro en la política de sus países.

Del pensamiento de Luis Carlos Mariátegui podemos rescatar su visionaria propuesta de adaptar el marxismo a las condiciones del campesinado aymara-quechua, en especial la utilización positiva de raíces culturales y sobrevivencias colectivistas del socialismo incaico, a la manera de Arguedas. Este rescate (que lleva a soluciones distintas del confrontamiento armado, poco entendible o aceptable, del Sendero Luminoso) tiene implicaciones para la incorporación de las masas indígenas de países como Guatemala, México, Paraguay, Brasil y Colombia que están luchando por su autonomía y dignidad, por los derechos humanos y por el reconocimiento de sus entidades territoriales. Son también recuperables los escritos visionarios de socialistas de varios países como Gerardo Molina, Antonio García y Diego Montaña, en el caso de Colombia.

En Uruguay, el Frente Amplio ha auspiciado importantes vivencias participativas en el gobierno de la capital. En Chile, muchos grupos

formales e informales han dado lecciones sobre cómo combatir las dictaduras y reconstruir la democracia mediante macizas y heterodoxas campañas de educación popular, a veces subterráneas por las circunstancias de la lucha contra Pinochet. El Partido Socialista chileno y otros organismos siguen siendo importantes en el sostenimiento de esta lucha.

Finalmente, podemos preguntarnos si de aquellas experiencias históricas que en 1968 llamé "revoluciones inconclusas" nos quedan enseñanzas pertinentes. En aquel pequeño libro con ese título, y en otros posteriores, recordé lo positivo del corto recorrido de la República Maya de Yucatán y del Partido Popular de la Baja California durante los años 20; la Reforma Agraria de Juan Jacobo Arbenz en Guatemala; la Revolución general de Bolivia de 1952; los interregnos radicales de Salvador Allende en Chile y Velasco Alvarado en el Perú; la primavera del poder popular en Haití; hasta las contribuciones potenciales de los anarquistas peruanos que, en su momento, estimularon la acción política de las izquierdas latinoamericanas. Este rico historial de victorias y derrotas, aciertos y errores no puede pasar desapercibido para la reconstrucción utópica de nuestro tiempo.

RECAPITULACION

Ha llegado el momento de recapitular, y las conclusiones no me parecen decepcionantes para aquellos que creemos en la dialéctica de la historia. Veamos:

1. Las utopías no han muerto, mucho menos los elementos ideológicos que puedan reunirse alrededor de una nueva opción utópica, llámese socialismo auténtico, o socialismo democrático, o con otro nombre. Por el contrario, si el socialismo retoma este proyecto político alternativo en su histórico papel crítico y antagónico del capitalismo, y añade el de alimentador de procesos contraculturales, justificaría su continuidad. Porque las contradicciones, abusos y conflictos del capitalismo rampante y de su

sistema social son hoy más evidentes y cada vez más inadmisibles. Las reformas estructurales siguen siendo necesarias y urgentes, porque el triunfo del capitalismo a escala mundial no ha resuelto los problemas de las guerras, la ignorancia y la pobreza ni la explotación de las mayorías, mucho menos los abusos del medio ambiente natural.

En cambio, como lo anticipó el estudio de Bariloche, la distribución de la riqueza es hoy más desequilibrada e inequitativa que antes, lo cual es y seguirá siendo fuente de inestabilidad y confrontación. La contaminación ambiental y la depredación de recursos naturales se empeoran cada día, por el continuado énfasis en el progreso técnico-material. Y el capitalismo sigue haciendo tabla rasa de las diversas culturas del mundo con toda su riqueza humana y biológica.

2. Los partidos liberales que han venido acompañando la expansión del capitalismo con políticas desarrollistas están incapacitados para hacer frente a las consecuencias del crecimiento desorbitado actual, y satisfacer las necesidades de la población, creando así las bases para un vacío de poder. No se ve por qué se deba privatizar todo o desmontar completamente a la planificación y al Estado benefactor. El vacío de poder producido de esta manera, lo están llenando movimientos populares y de base autónomos inspirados en una especie de anti-partidismo, buscando redefinir lo político y hallar nuevas formas de hacer política mediante prácticas democráticas, solidarias y participativas con fórmulas novedosas, como la revocatoria de mandatos a elegidos indignos. En lo económico, se trata de implantar políticas de equilibrio entre la iniciativa empresarial, el fomento estatal y el cooperativismo.
3. La nueva política tiene visos de seguir pautas pluralistas y no violentas, con apertura a la construcción de nuevas culturas y la comprensión de diferencias grupales, so-

ciales, étnicas y de género así en lo cotidiano como al nivel comunitario. Esta política combate la homogenización de la sociedad mediante el rescate de relaciones primarias. Lleva también a la desmilitarización de las sociedades y de las costumbres.

4. Un nuevo tipo de poder estatal menos centralista, vertical o elitista se dibuja, para reconocer autonomía a regiones, provincias y otras entidades territoriales, en una posible evolución del Estado-Nación al Estado-Región como expresión de autodeterminación democrática. Esta evolución tiene fuertes raíces populares, de tal manera que sería posible concebir tanto políticas microregionales como macrorregionales de integración —hasta ciudadanía compartida como lo quería el APRA— que sobrepasen los obstáculos actualmente ofrecidos por fronteras internas y externas de los estados nacionales. Además, este reconocimiento mutuo, y la necesidad de macrointegración, pasa a primer plano en lo que tiene que ver con las relaciones Norte-Sur y con las convergencias estratégicas entre los pueblos del antiguo Tercer Mundo.

Aparece así otro temple de política en el que juega la moral práctica, la sociedad civil, la cultura popular, los movimientos sociales, el respeto por los derechos humanos, y la defensa de la paz y del medio ambiente como elementos de una nueva razón utópica para nuestro tiempo. Es una política que no es del gusto completo del capitalismo ni de los liberales clásicos o desarrollistas. Sin embargo, hasta éstos podrían beneficiarse si por el impacto de esta política se vuelven más democráticos y respetuosos de las necesidades colectivas, especialmente de las clases pobres, para que el capitalismo adquiera, por lo menos, un viso humano.

Surge de este modo una estrategia posible para los que hasta ahora han sido víctimas del poder establecido y del desarrollo socioeconómico mal concebido y ejecutado, los que no han podido hacer sentir su voz ni actuar, los oprimidos, olvidados y marginados. Una política de todos aquellos que buscamos entender a

fondo las bases existenciales y culturales de lo político para desterrar dictaduras, partidos verticales y formas diversas de alienación y violencia.

Transparencia y ética; equidad, autarquía y responsabilidad; solidaridad, tolerancia y paz; todo aquello que prometió y no logró cumplir el capitalismo realmente existente: he allí algunos de los valores centrales constitutivos de

esa utopía posible, de un socialismo redivivo, si se quiere, con la democracia participativa que le sería implícita en nuestro mundo.

Sería esa "utopía incorregible" que, como lo canta Serrat, "no tiene bastante con lo posible, hechicera que hace que el ciego vea y el mudo hable, por subversiva de lo que está mandado, mande quien mande".

